

SEGUNDA PARTE.

DE LOS MARTIRES DEL IMPERIO DEL JAPON.

CAPITULO PRIMERO.

CONTENIDO.

1. Cruz maravillosa encontrada en el Japon. — 2. Martirio de un cristiano anciano llamado Gerónimo. — 3. Valor de los cristianos. — 4. El emperador Taicusama manda prender á los frailes franciscanos. — 5. Fortaleza de Justo Ucondono. — 6. Constancia de dos nobles jóvenes. — 7. Otro caballero llamado Andrés se prepara á morir con su padre. — 8. Dama que resuelve morir por la fé. — 9. Jóvenes de pocos años muertos por la fé. — 10. Muchos cristianos crucificados por orden de Taicusama. — 11. Daifusama usurpa el mando del imperio. Martirio del caballero D. Juan. — 12. Martirio del caballero D. Simon. — 13. — Martirio de la madre y esposa de D. Simon, y de otra dama y de un niño de siete años, crucificados. — 14. Daifusama se declara emperador. Martirio de un caballero joven llamado Jacobo. — 15. Martirio de D. Melchor, caballero principal del Japon, de su esposa é hijos y otros cristianos. — 16. Muerte de un cristiano ciego. — 17. Martirio de D. Leon. — 18. Muerte de otros dos caballeros y de dos hijos suyos, uno de doce años y otro de seis. — 19. Muerte de D. Gaspar, señor de una comarca y de doña Ursula su esposa. — 20. Destierro decretado contra todos los cristianos. Paciencia y buena muerte del principe Juan, rey de Arima, muerto por las falsas acusaciones de su hijo Miguel. — 21. Prefieren muchos ser entregados á la muerte, que sufrir sobre sus cabezas el libro de Cami y Fotoqui. Muerte de D. Tomás, capitán del rey Miguel. —

22. Muerte de doña María su madre, de doña Justa su esposa y de tres hijos suyos. — 23. Muerte de dos hermanos de baja edad, que lo eran tambien del rey Miguel. — 24. Tentativas del rey Miguel para pervertir á los cristianos valiéndose de los Bouzos. Manda quemar á ocho caballeros de su servicio, á los cuales asisten veinte mil cristianos. Muerte de Jacobo niña de once años.



1. La mision de muchos sacerdotes europeos en el Japon progresó felizmente en un principio, pero en el año 1589 ya Dios dió á conocer con mas de un prodigio la larga y sangrienta persecucion que les amenazaba. Entre otro de los portentos sucedió el siguiente. El rey de Arima que se llamaba Protasio y era celoso cristiano, tuvo una vision en la que le aparecieron dos personajes de celeste semblante, y le dijeron las siguientes palabras: — Sábeta que en tu tierra se encuentra el reino de Jesus. Hónralo y ámalo mucho, porque no es obra de hombres. — Al cabo de seis meses sucedió que un devoto cristiano, llamado Leon, mandó á un hijo suyo, llamado Miguel, á cortar leña á un bosque. Llegado allí el joven, vió un árbol casi seco de aquellos que en el país se llaman *taras*: hallólo que era alto como unos doce pies y de unos siete palmos de grueso: cortólo y lo llevó á su casa, pero ; cual no fué el asombro, cuando habiéndolo abierto se encontró en su corazon una cruz de color oscuro muy bien formada y como incrustada en la madera! El rey quiso ir en persona á verla, y estándola contemplando exclamó: — Hé aquí el reino de Jesus que me fué vaticinado que estaba escondido en mis dominios, y que no era obra de hombres. — Arrodillóse en seguida á adorarla, derramando muchas lágrimas, y ordenó que fuese transportada á



Arima en donde la mandó cubrir con un puro cristal, siendo esta cruz ocasion para que se convirtiesen pasados de veinte mil idólatras, y siendo al propio tiempo, como lo acreditó despues la esperiencia, anuncio ó símbolo misterioso de la que esperaba á tantos de aquellos cristianos fieles.

2. Vengamos á los martirios que despues se siguieron (1). El primero que ha llegado á mi noticia, sucedido en aquellos paises, es el que sufrió un buen anciano de Funay, llamado Gerónimo. Siendo este soldado, abrazó la fé cristiana, y convirtió á toda su familia, esmerándose en instruir á los idólatras y en socorrer á los fieles. Habiendo apostatado el rey de Bungo, dió orden á tres de sus ministros ejecutores para que le hiciesen morir. Fueron estos á su encuentro, pero como Gerónimo habia sido hombre de mucho valor en la guerra, llevaron consigo hasta cien hombres para su seguridad. Advertido Gerónimo de su llegada, sale á despedirse de su esposa é hijos, á quienes hace partir para otro lugar, y se queda solo en su casa, preparándose á morir santamente. No quiso tener consigo ni su propia espada, y empleó la noche en que debia morir, orando devotamente delante de un crucifijo. A las doce de ella se acercaron sigilosamente los soldados, examinando si estaba armado, pero descubriéndolos el santo viejo, les dijo que no temiesen, pues no pensaba resistir y que ya los esperaba; y tomando entonces una

(1) Para obedecer al decreto del papa Urbano VIII, protesto, dice el santo autor, que llamando *santos ó mártires* á algunos de los que se nombran en esta obra, no es mi ánimo predicarlos tales, sino á juicio de fé humana, puesto que solo á la santa Iglesia romana corresponde declararlos de aquellas gerarquías, cuando así le disponga la voluntad divina.

cruz en la mano se puso una corona al cuello, y se echó á sus pies, dando gracias á Dios porque disponia de su vida, y á sus verdugos porque con la muerte le procuraban la eterna felicidad. Habiendo sufrido tres heridas en el pecho, presentó la cabeza, pronunciando los nombres de Jesus y María, y los soldados le quitaron la vida con un golpe de cimitarra. Los fieles recogieron el cuerpo de Gerónimo y lo sepultaron, y el rey de Bungo, indignado por aquello, mandó degollar á su esposa, á sus hijos, y á otros muchos cristianos.

3. Aunque el tirano habia llenado de terror con tal principio á todos los cristianos, esto no obstante, y aunque supieron tambien que se habia dado muerte de su orden á otro buen cristiano llamado Jaime, en vez de amedrentarse, se pusieron una corona al cuello, y andaban así por los caminos demostrando que no solo no temian la muerte, sino que la deseaban. Una señora llamada María, á la cual el rey, aunque cristiana, le habia regalado una corona, tuvo el valor de ir á su palacio con aquel suntuoso adorno. Preguntóle el rey al verla, porque la llevaba no siendo ocasion de adornarse, y María le contestó. — Señor, los dones de los reyes deben tenerse en sumo aprecio: me habeis dado esta corona, y por esto me glorio de llevarla. — Y como los cristianos habian adoptado tal adorno como símbolo de muerte, conoció el rey que todos estaban resueltos á arrostrar la muerte; mas temiendo alguna sedicion, procuró por entonces tener oculto el odio que les profesaba, para saciarlo en ocasion mas oportuna.

4. El dia 9 de diciembre de 1569 el emperador Taicusama dió orden al gobernador de Ozaca para que arrestase á todos los frailes de S. Francisco, y al propio



tiempo dispuso que se le presentase una lista de los cristianos que frecuentaban los conventos de aquellos, lo cual causó tal zozobra, que todos los fieles se dispusieron á morir. El padre provincial, despues que Taicusama condenó á morir á todos los fieles, escribió lo que sigue á un religioso de su órden. « En el momento en que se pusieron guardias en nuestros conventos, todos nos confesamos y pasamos toda la noche en oracion. Se nos aseguró que debíamos morir al dia siguiente. Yo suministré el viático á todos nuestros hermanos por la última vez que debian recibirlo, y cada uno buscó una cruz para llevarla en la mano al ser conducidos al suplicio. Los cristianos seglares me despedazan el corazon con el ardiente deseo que ostentan de sufrir martirio por Jesucristo. Sabiendo muchos de ellos que todos estaban condenados á morir, han venido de varios lugares á reunirse. Un dia hemos de morir: todos deseamos que sea para mayor honra y gloria de Dios, y le rogamos que así nos la conceda. Ayudadnos vos con vuestras oraciones á obtener esta gracia de su divina bondad. »

5. Justo Ucondono, que era uno de los caballeros principales del reino, habia sido perseguido primeramente por Nabunanga y despues por Taicusama, que lo habia mandado en destierro á Filipinas en 1586, cuyas persecuciones habia sufrido resignadamente por la fé, no mostrándose menos constante en esta última. Así pues antes de recibir la sentencia de muerte, pasó á despedirse del rey de Canga, llamado Quicugendono, el cual le habia distinguido mucho en su destierro, y le aseguró este que en la corte no se acordaban ya de su negocio; pero Justo le respondió: — Príncipe, el mayor

placer que puedo tener en el mundo, es el de morir por la fé que profeso; en cuanto á lo que vos me decís, voy á disponerme á morir. — Y se presentó en Meaco.

6. Semejante á la conducta de Justo fué la que observaron los hijos de Ghenifonio, gobernador de Meaco, que era gentil. Mandó este llamar á su hijo mayor que se llamaba Pablo, quien al oír la nueva de que todos los religiosos franciscanos juntamente con el obispo habian sido arrestados, despachó un correo á Meaco y otro á Ozaca para saber la verdad, y en el entretanto anduvo discurriendo el medio de ser comprendido entre los sentenciados, para alcanzar con ellos la palma del martirio. Discurrió presentarse en Ozaca como cristiano, para que lo prendiesen, pero reflexionando que nadie se atreveria á arrestarlo por ser conocido, se hizo cortar el cabello y barba, y se disfrazó de fraile con ocho de sus criados que eran fieles cristianos. Dudaba de uno de estos, porque habia poco que estaba bautizado, mas el criado, para disipar las dudas de su amo, y llevado del mismo deseo de morir por la fé, le dijo: — Yo, señor, conozco como el primero cuanto debe estimarse el alma: si el camino del martirio es el mas corto para salvarla, yo no tengo mas apego á la vida que al polvo que pisan mis pies. — Contento Pablo con la respuesta de su criado, entra en su retrete y ruega, postrado en tierra, á nuestro Señor Jesucristo, que se sirva hacerlo digno de morir por su amor, y en seguida escribe una carta á sus padres dándoles cuenta de que era cristiano, y que se hallaba resuelto á morir por la fé; y con esta firme resolucion hizo una confesion general y se dispuso á morir santamente.

Ghenifonio al saber lo que ocurría con su hijo mayor,



mandó llamar al otro, llamado Constantino, el cual tenía un primo llamado Miguel; y encontrándose ambos en Meaco, le dijo á este, que era tambien cristiano: — ¡Oh! y cuan á tiempo hemos llegado para lograr el ser mártires. — Marchó en seguida á Fuximi en donde estaba su padre y le declaró que era cristiano: el padre que le amaba con ternura llamándole á parte le dijo: — Hijo mio, el emperador me manda dar muerte á todos los cristianos, y entre estos deberás morir tambien tú. — Pero firme Constantino en la fé de Jesucristo le contestó: — Padre mio, os he declarado que soy cristiano, no para evitar la muerte, sino para que dispongais y obreis segun vuestros intereses. Pronto estoy á morir por mano de los verdugos, y si es preciso por la vuestra misma por no desobedecer á Dios. Yo creo que vos no querreis que me precipite en los infiernos para dar gusto al emperador. — Ghenifonio sumergido en la afliccion dió conocimiento de todo á su esposa, viéndose en la dura precision de haber de condenar á morir á su propio hijo. El primo Miguel fué entretanto á encontrar á la madre de Constantino, á la cual encontró traspasada de dolor al ver que iba á perder tambien al único hijo que le quedaba. La pobre señora suplicó á Miguel que buscasse todos los medios para persuadir á su hijo que no se obstinara en morir en la flor de la juventud, abreviando de este modo la vida de sus padres; pero Miguel, que llevaba el mismo propósito de Constantino, se volvió con este á Meaco, esperando la ocasion de hacerse inscribir en la lista de los mártires.

7. Lo que hay que admirar en esta persecucion es que mas era el ardor que manifestaban los fieles para conseguir la palma del martirio, que la ira de los tira-

nos en hacerlos morir. Dos caballeros llegaron á Meaco á donde les habia conducido su solo anhelo por padecer martirio, pero no habiéndolo conseguido por entonces, rogaron á algunos de sus amigos les avisasen cuando se ofreciese coyuntura.

Es digno de referirse el mismo entusiasmo de cierto cristiano llamado Andres, caballero de Bungo, el cual fué de noche á recoger la cruz que Gerónimo (de quien se ha hablado en el número 2), llevaba al cuello, el dia de su muerte. Tuvo noticia este caballero de que en Ozaca se formaba una lista de los cristianos que debian ser condenados á muerte. En semejante coyuntura no solo se dispuso á morir, sino que quiso persuadir á su padre, que era un anciano de 80 años, bautizado seis meses antes, á que le siguiese, animándole á alcanzar la gloria del martirio, la cual no se obtiene con el valor que distingue al guerrero, sino con la humildad y la paciencia; mas el buen viejo, que habia profesado la carrera de las armas, le respondia: — Pero ¿cómo se dejará asesinar como un cobarde un hombre de honor? — Viendo Andres que semejante principio nacia del poco conocimiento que tenia su padre de las máximas cristianas, le repuso: — Padre mio: vos habeis dado ya bastantes pruebas de valor para que nadie tenga por vileza el que querais morir por Jesucristo sin resistencia; pero si no estais dispuesto á hacer este sacrificio, retiraos al campo por algun tiempo, y de este modo conservareis vuestra gloria. — El padre entonces le hizo observar, que todavia hallaba mayor vileza en huir el peligro, que en provocarlo temerariamente. Mas Andres consiguió su intento por otro camino, porque habiendo su padre encontrado á su esposa, que se esmeraba en



concluir un vestido, y advirtiendo que los criados andaban solícitos en preparar las coronas, las cruces, ó las reliquias que se proponían llevar el día de su martirio, se sintió vivamente conmovido, y mucho mas cuando preguntándoles en que se ocupaban, le contestaron, dando muestras de extraordinario regocijo, que se preparaban á morir por Jesucristo. Tan pocas palabras hicieron tal impresion en el ánimo del anciano, que desechando las falsas máximas del mundo, tomó á su vez una corona y les dijo que quería morir en su compañía.

8. Del mismo modo sobresalió la constancia de ánimo de muchas damas cristianas de Meaco, las cuales sabiendo la persecucion promovida, se reunieron en casa de una de ellas, llamada María, para aprestarse al martirio, llevando cada una su vestido de boda, ó el que había aparejado para ir á la muerte. Hubo una entre tantas, que temiendo que la justicia tal vez no la mandaría prender, á causa de su elevada clase, se fué secretamente á casa de María para reunirse con sus compañeras y participar de su suerte. Hubo otra que desconfiando de su valor, dijo á sus compañeras: Estoy resuelta á morir por la fé, y os encarezco, compañeras, que si me viereis temblar á presencia del peligro, me arrastreis á viva fuerza á los pies de los verdugos, para que consiga con vosotras la palma deseada.

9. No manifestaron menos resolucion en aquellos dias tres jóvenes de Meaco. Uno de ellos se llamaba Tomás. A este le escribió su padre, que estaba ausente, que estando resuelto á morir por Jesucristo le dejaba todas sus riquezas. Luego que el santo joven hubo leído la carta, fué á encontrar á su padre, y le dijo, que

no era justo que le nombrase heredero de los bienes que le dejaba en la tierra, y le escluyese de los que iba á poseer en el cielo; por lo que había resuelto acompañarle á la muerte; y murió crucificado con los otros de quienes hablaremos en el n.º 10 y siguientes.

Llamábase otro Luis, y estando preso con otros cristianos, le dijo uno de los ministros, que le libraría de la muerte, si quería quedarse á servirle, y renunciaba á la fé, á lo cual le contestó: — No quiero vivir bajo tales condiciones, pues por una vida miserable y breve perdería la feliz y eterna. — Se cuenta además de este joven que cuando llegó al lugar de la cruz corrió á abrazarla, como regocijado por el encuentro de la cosa que mas estimase en el mundo.

Otro de trece años llamado Antonio, viendo que el tribunal no quería incluirle en la lista de los que habían de ser martirizados por ser demasiado joven, se puso á llorar de tal modo, que para acallarle se vieron precisados á continuarle en ella. En el trance de la muerte fueron estupendas las acciones de este muchacho, porque al acercarse al patíbulo le salieron al encuentro su padre y su madre, que aunque eran cristianos, vencidos de paternal ternura, le exhortaban á que ocultase por algun tiempo la religion que profesaban, uniendo á las palabras las mas copiosas lágrimas; pero Antonio les contestó intrépido: — ¿Pues pretendéis acaso que para conservar la vida temporal, pierda la eterna? No me vencerán vuestros discursos ni vuestras lágrimas, porque estoy resuelto á morir por Jesucristo. — Cuya gloria alcanzó con los demas.

Otra joven doncella de la misma edad, sobrina de María, de quien ya hemos hablado, habiéndole dicho su



tia cuando fué arrestada, que se retirase á casa de su padre, para que no fuese sacrificada con los demas cristianos condenados á muerte, le respondió con ánimo varonil y resuelto : — Quiero morir con vos, amada tia, porque yo tambien soy cristiana. No temais por mí, que estando á vuestro lado no temeré la muerte. — Dicho lo cual partió á despedirse de sus padres, y al caminar al suplicio, invitó á otro sentenciado que tenia al lado, á cantar el salmo : *Laudate, pueri, Dominum* : siguiendo el divino canto hasta que fué traspasada con la lanza. Mas adelante se leerán otras victorias conseguidas por tiernos jóvenes.

10. Entretanto mandó el emperador á su ministro Ginoboscio, que hiciese morir á los presos, mandándoles conducir al suplicio en carretas, y que les hiciese cortar la nariz y las orejas, y que al segundo dia de enero fuesen crucificados en Nangasaqui. Ginoboscio no quiso desfigurarlos de aquel modo y se contentó con mandarles solamente cortar el extremo de la oreja izquierda. El dia prefijado de dicho mes, todos los presos, en número de veinte y cuatro, fueron sacados de la cárcel y entregados al verdugo, quien les cortó la extremidad de aquel miembro como se ha dicho, y en seguida fueron llevados por los caminos de Meaco, de Ozaca, y de Sacay con otro verdugo delante, el cual llevaba una pica con un cartelon en lo alto, en que se leia la sentencia que contra ellos se habia fulminado, por haber predicado la ley cristiana, prohibida en el imperio. Daba compasion ver la modestia y mansedumbre con que caminaban todos al suplicio. En las carretas iban tres muchachos cantando el santo rosario con tan tiernas voces, que todo el mundo lloraba. Muchos cristianos

rogaron en tal momento á los soldados, que les pusiesen en el número de los sentenciados, para poder morir con ellos, pero les fué negada semejante peticion.

Llegados á la cárcel, se les hizo bajar, y antes de montar á caballo para marchar al lugar del patíbulo, se abrazaron alegremente, gozosos, por la muerte que iban á sufrir. Llenos de pasmo los soldados se preguntaban. — ¿ Quienes son estos que tan alegres están en medio de tantos trabajos y oprobios ? — Llegaron entretanto á Nangasaqui, despues de un penoso viage; y cuando llegaron á vista de las cruces, el padre provincial entonó el cántico *Benedictus*, acompañándole los demas religiosos. Puestos todos en aquel calvario, cada uno fué atado á su cruz, y cuando los verdugos tomaron sus lanzas para traspasarlos, todos los cristianos espectadores gritaron : *Jesus y Maria*; y terminado el martirio se acercaron denodados por entre los guardias para empapar sus pañuelos con la sangre de los mártires, y recoger algun pedazo de sus vestidos. Aseguróse despues que se apareció una celeste luz sobre los cuerpos sacrificados, y que muchas estrellas se agruparon por largo tiempo permaneciendo siempre en el cenit de aquella colina.

11. En 1598 murió el emperador Taicusama de edad de 64 años, cargado de méritos para el infierno, despues de haber derramado tanta sangre de siervos de Jesucristo; y mandó que despues de su muerte fuese inscrito en el número de los dioses del imperio. Dejó un hijo de seis años bajo la tutela de diez regentes, entre los cuales se hallaba Daifusama, que fué despues emperador, mucho mas bárbaro que su antecesor, como veremos. Los primeros que sufrieron martirio bajo su



imperio fueron dos caballeros japoneses, llamados D. Juan y D. Simon, aunque no por orden suya directamente, sino de Canzagedono, rey de Fingo, que habia obligado á toda su nobleza á renunciar á la religion cristiana. Los gobernadores de la ciudad arrastraron por fuerza á D. Juan á casa de un Bonzo, para mandarle poner sobre la cabeza el *Foquexo*, que era una señal de apostasia. Magdalena su esposa, muy santa cristiana, lo seguia confortándole y diciéndole : — Alerta, esposo, cuidado con lo que haces : si faltas á la fé, no volveré nunca mas á hablarte, y no te recibiré ya mas por marido. — Habiendo llegado á presencia del Bonzo, que estaba sentado en una especie de trono, iban á ponerle aquel infame libro sobre su cabeza ; mas no pudiendo hacer otra cosa, D. Juan, escupió sobre él.

12. Tomó D. Simon igual resolucion y no quiso ir á casa del Bonzo ; pero informado Canzagedono mandó que así D. Juan como don Simon fuesen degollados, y que fuesen crucificados sus parientes, cuyas sentencias dispuso se ejecutasen en Cumamoto. El gobernador era amigo de D. Simon y deseaba salvarle la vida, por lo que llamándolo á parte, le rogó que complaciese al príncipe para salvar sus dias. Respondióle D. Simon que estaba pronto á perder los bienes y la vida para servir á su príncipe, pero que del mismo modo estaba resuelto á perder mil vidas antes que perder el alma que era eterna. Informado el rey de la incontrastable constancia de estos dos caballeros, mandó que se ejecutase al punto su sentencia. Antes de morir D. Juan, fué introducido en una espaciosa sala, en donde le fué quitada su espada ; pasando delante, encontró tres soldados, que eran los destinados á quitarle la vida, y en

seguida entraron otros dos con la cuchilla en la mano : púsose entonces de rodillas D. Juan, y pronunciando los santos nombres de Jesus y María, descargaron los verdugos hasta cuatro golpes sobre su cuello y le quitaron de este modo la cabeza, siendo de edad de 35 años. Despues veremos la suerte que cupo á su esposa.

13. Antes que se diese muerte á D. Simon, el gobernador Cacuzaimon que era amigo suyo, pasó á verse con su madre y le dijo : — Señora, vuestro hijo no quiere seguir mi consejo : buscad vos como salvarle á él y á toda su familia, y no me vea yo obligado á cumplir con el triste deber de tener que ordenar yo mismo su muerte. — Pero la noble y cristiana señora le contestó con fortaleza : — Caballero, si se tratase de bienes terrenos, seria vuestro consejo digno de ser obedecido ; mas tratándose de bienes eternos, no debe preferirse una vida que pronto se pierde, á una felicidad que no tiene fin. Yo envidio la suerte de mi hijo, y si estuviese en mi mano, quisiera acompañarle en el martirio. — Enojado el oficioso amigo, manifestó á Joxivava que era un pariente de D. Simon, que el rey habia condenado á muerte á este, y habia sido su orden con la disposicion de que se ejecutase la sentencia en la propia casa del sentenciado, y que debia ser por su mano, lo cual le ordenó que cumpliese. Salió el pariente para intimar la orden funesta á D. Simon, llamó á la puerta, y lo encontró en oracion, y al punto le dió á leer la sentencia que traia escrita. D. Simon le habló así : — No podiais traerme mejor nueva : dadme tiempo para prepararme á la muerte. — Concédesele aquel, y entrando en su retrete se postra delante de una imagen de Jesucristo coronado de espinas, y concluida la oracion pasa á donde



estaban su madre y su esposa y les hace saber que ha llegado su última hora. Aquellas buenas señoras sin alterarse mandan al punto á los criados que preparen agua (es ceremonia en el Japon lavarse antes de un banquete). D. Simon se lava, se viste con su mejor trage y se despide de su madre y de su esposa y hasta de sus criados, que sollozaban amargamente, lo cual afeándoles D. Simon les dijo : — ¡Cómo! ¿Es esto gozar de mi felicidad? ¿Donde está vuestra fé? ¿Donde la virtud cristiana que habeis manifestado hasta ahora? — Entonces su esposa, que se llamaba Ines, se le echó á los pies y le suplicó que la cortase el cabello para que en caso de sobrevivirle, no creyese nadie que pensaba en tomar otro esposo. No queria D. Simon hacer tal cosa ; pero rogándose tambien su madre, lo verificó. Mandó en seguida que entrasen sus tres hermanos y les dijo : — Hermanos míos, ¡ ved cuanta es mi ventura en morir mártir por Jesucristo! ¿Qué puedo yo haber hecho por merecer tan señalada gracia? — Uno de sus hermanos, llamado Jaime, le contestó : — En verdad sois dichoso. Rogad á Dios cuando esteis en el cielo, para que logremos algun dia participar de vuestra gloria. — Y todos se pusieron de rodillas. D. Simon dijo entonces el *confiteor*, rezó tres padre nuestros y tres ave marías, y estuvo algunos instantes en silencio hablando con Dios. Concluida la oracion hizo traer una imágen del Salvador, ante la cual se encendieron algunas velas, y tomando á su madre con una mano, y á su esposa con la otra, les dijo : — Os doy el último á Dios. No os veré mas en este mundo, pero confio veros pronto en el otro. Yo voy delante para allanaros el camino, y rogaré á Dios para que os haga partícipes de mi felicidad, llamándoos

cuanto antes al paraíso. — Concluidas estas palabras se encaminó á la sala en que debia ser ajusticiado, acompañado de todos : uno de sus hermanos llevaba el crucifijo : los otros dos lo llevaban en medio con velas encendidas : D. Simon marchaba sin soltar á su madre y á su esposa, y últimamente seguian los criados deshaciéndose en llanto. Así que hubo penetrado en la sala, el mártir se arrodilló delante la imágen del Salvador : su madre y su esposa se retiraron un poco, se santiguaron y rezaron el confiteor y tres padre nuestros y avemarias. En aquel momento se presentó un caballero que habia apostatado, pero que atormentado por el remordimiento deseaba volver al gremio de la Iglesia, aunque no se atrevia á declararse por entonces, el cual pidió á D. Simon un grano bendito de su rosario, quien se lo concedió con pacto de volver á la fé de Jesucristo. Por último D. Simon, despues de encomendarse á Dios por la vez postrera, abaja el cuello de su vestido, hace una reverencia á la imágen del Salvador, tocando el suelo con la frente, y pronunciando los dulces nombres de Jesus y María, presenta la cabeza que le fué derribada de un solo golpe. Recogiéndola al punto uno de sus hermanos, y en signo de veneracion la colocó sobre la suya. Todos los circunstantes echaron un grito de horror cuando le fué descargado el tremendo golpe, pero la madre y la esposa del mártir, quedaron, como insensibles en silencio. Despues de algunos instantes la madre tomó la cabeza de su hijo, la besó y dijo : — ¡Bella cabeza que estás ahora coronada de gloria! ¡O dichoso Simon, que has entregado tu vida por aquel que prodigó la suya por tí! O Dios mio, que habeis sacrificado á vuestro hijo por nuestro amor, recibid á mi hijo que se ha sa-



crificado por vos. — Acercóse Ines y besó tambien la cabeza de su esposo, y bañándola de lágrimas, exclamó: — Ya estoy contenta; tengo un esposo mártir que está ahora en el cielo: llamadme hácia vos cuanto antes, amado esposo, para veros y alabar con vos al Señor, nuestro Dios. — Murió D. Simon siendo de edad de 35 años. Los soldados que custodiaban el cadáver declararon despues, que aquella misma noche vieron una luz del cielo que brillaba resplandeciente sobre la casa del mártir.

Las espresadas señoras doña Juana y doña Ines, madre y esposa del difunto, fueron despues visitadas por aquel caballero que se habia arrepentido de su apostasia, el cual las encontró llorando, y les dijo: — ¿Qué es esto señoras? Vds. que han visto morir á D. Simon con tan ejemplar constancia, se abandonan de este modo al dolor, cuando saben que goza por una eternidad de los bienes inefables del cielo? — Y le contestaron aquellas que la causa de su llanto era porque no les habia concedido Dios la gracia de acompañarle. Contestóles el caballero por consolarlas que se alegrasen, porque Magdalena, la viuda de D. Juan, habia sido ya condenada á muerte. Al escuchar esta nueva se pusieron las señoras de rodillas para dar gracias al Todopoderoso, y quedaron enteramente consoladas. En seguida resolvieron presentarse á Cacuzaimon á pedirle la gracia de poder morir juntas con doña Magdalena, lo cual les fué concedido. De noche fué llevada doña Magdalena á la casa de aquellas con un niño de siete años, llamado Luis, y sobrino de D. Juan, á quien habia adoptado doña Magdalena. Reunidas allí se abrazaron con ternura, contentas de morir en una cruz á imitacion de nuestro Señor

Jesucristo, como habia ordenado el emperador. Doña Magdalena se dirigió al pequeño Luis que habia sido condenado tambien á morir con ella, y le dijo, que se dispusiese para ir al cielo, y recomendábale que cuando estuviese en la cruz, no dejase nunca de pronunciar los nombres de Jesus y María, y el tierno niño le contestó. — No olvidaré de hacerlo mientras tenga un instante de vida.

Entrada la noche se les intimó que debian partir para el suplicio. Se adornaron con sus mejores galas, se encomendaron á Dios, y se dispusieron á partir intrépidas. En la puerta de la calle encontraron tres sillas de mano, llevada cada una por dos hombres, en donde entraron las tres damas y el niño, que tomó asiento al lado de su tia, y madre adoptiva. Próximas al patíbulo dijo doña Ines: — ¡Cómo! mi redentor Jesucristo fué al Calvario á pié y yo voy en litera? y queriendo apear-se le fué vedado, diciéndole los ministros de justicia que no podían permitirlo. Habiendo llegado al fin al lugar destinado, se postraron de rodillas á besar cada una su cruz. La primera que sufrió el martirio fué doña Juana, madre de don Simon, la cual habló así desde la cruz á las gentes que habian concurrido á presenciar la ejecucion: — Voy á presentarme al tribunal de Dios para dar cuenta de todas mis acciones, y declaro ahora que en el mundo no existe religion alguna en la cual podamos salvarnos, si no es la cristiana. Abrid los ojos, y abandonad los falsos dioses. Y vosotros cristianos, no desmayeis delante de la muerte: no hay cosa mas dulce que morir por aquel que ha muerto por nosotros. — Iba á continuar cuando el verdugo enristró la lanza y la hirió; mas no pudo matarla



del primer golpe : acéstole otro y con este pasó su alma á recibir la suspirada corona.

Doña Magdalena fué la segunda que fué puesta en cruz. El niño Luis, viendo atada á su tía, se presentó por sí solo para ser atado, y los verdugos lo verificaron estendiéndolo en una cruz proporcionada que se habia construido al intento, y entonces le decia su madre adoptiva : — Hijo mio, vamos al cielo : ten valor, di siempre Jesus y Maria. — Y mientras el niño proferia los santos nombres, el verdugo estendió la lanza, pero faltó el golpe. El tierno corderito sin desmayar aguardó el segundo que puso fin á su corta vida. El verdugo con la misma lanza, humeando aun con la caliente sangre del niño, se dirigió á la madre, y le dió muerte en seguida. Faltaba doña Ines que habia salido ya de su litera. Encomendóse á Dios y presentóse á los verdugos para que la atasen á la cruz ; estos en vez de verificarlo lloraban enternecidos, por lo cual ella misma se estendió humildemente en su cruz. No habia quien se sintiese con valor para continuar la sentencia, pero ciertos idólatras, con la esperanza de algun premio la ataron, sin embargo, ni aun entonces se hallaba verdugo que tuviese serenidad para herirla, y los mismos idólatras tomaron la lanza, mas poco acostumbrados á aquel ejercicio, no la mataron, sino despues de repetidos golpes. Muchas personas dignas de fé atestiguaron haber visto una luz muy resplandeciente encima de los mártires, la cual se apareció al tiempo de entregar sus almas á Dios. La historia de estos martirios fué escrita por el mismo obispo del Japon, Luis Cerqueira.

Cacuzaimon, despues de la muerte de estos fieles, todavía siguió mas encarnizado, persiguiendo á los

cristianos, pero dispuso Dios que perdiese la gracia del emperador, por lo cual fué depuesto del gobierno y llamado á dar cuenta de su conducta. De este modo castiga Dios á los que por lisongear á los príncipes contaminan sus almas : los tales pierden á la vez el alma y la privanza del príncipe cuyos caprichos han servido.

14. Era Daifusama, como se ha dicho, uno de los regentes y tutores del rey menor, hijo de Taicusama, el cual mientras tuvo contrarios que pusieron estorbos á sus designios de usurpacion, caminaba acepto y receloso, pero así que vió bien cimentado su poder, se quitó la máscara y se declaró emperador del Japon. Y antes de esta época digna es de admirar la constancia de un caballero muy jóven, llamado Jacobo. No contaba mas que catorce años, pero tenia gallarda estatura y singular talento. Cobróle particular afecto el rey de Saxuma, y formó el proyecto de casarlo con una jóven de la casa real. Comunicóle el pensamiento cierto dia, aunque al mismo tiempo le puso por condicion que habia de renunciar á la religion cristiana. El jóven le contestó que por todo el mundo no abandonaria jamas la fé de Jesucristo. Buscó el rey otro medio para seducirle, cual fué dirigir á la madre del jóven cuatro caballeros, con la esperanza de que se prestaria á secundarle en su plan. La virtuosa señora habiendo escuchado la proposicion, sin hacer caso de tan alta oferta, respondió con franqueza y valor, que no podia ella resolverse á dar semejante paso en conciencia. Fué tanta la ira que se apoderó del rey que mandó matar á entrambos, por lo cual madre é hijo se retiraron aquella noche á una capilla que tenian en su casa, esperando